

**Kioto:  
el clima al servicio  
de la economía**

La Cumbre de Kioto, el pasado mes de diciembre, ha puesto de manifiesto dos realidades enfrentadas: en primer lugar, la convicción mayoritaria de los científicos de que la actividad humana está produciendo un cambio climático de características todavía inciertas pero preocupantes, en cualquier caso, para el futuro de nuestra especie en el planeta; y, en segundo lugar, que quienes deben tomar las medidas oportunas para frenar este proceso han preferido atender a las necesidades de las empresas, a su beneficio económico a corto plazo, antes que a las del conjunto de la humanidad y a las de la naturaleza en que habitamos.

Por lo tanto, no podía esperarse más que lo que ocurrió: unos resultados lamentables por lo que al futuro de la Tierra se refiere y la continuación de la ceguera economicista a la hora de pensar en el mañana y en las generaciones venideras. Para la economía de libre mercado, para la obsesión por el beneficio monetario como único motor de la sociedad, el futuro no parece un problema, simplemente no aparece.

Tan sólo ha podido hacerse hincapié, por parte de los participantes, en el avance que supone que se haya tratado el fenómeno y se sitúen las bases para ulteriores reducciones en la emisión de gases de efecto invernadero. Porque la reducción acordada ha resultado tan insuficiente que la propuesta previa de la Unión Europea pareció un auténtico extremismo ecologista. En resumen, la Unión Europea disminuirá un 8% sus emisiones con relación a las del año 90, los EE UU un 7% y Japón un 6%.

Esta vez no han sido exclusivamen-

*No han sido exclusivamente los ecologistas los que han puesto el grito en cielo; también la comunidad científica ha resaltado la inutilidad de la propuesta a la hora de evitar el cambio climático*

*El problema no sólo nos afecta por su dimensión global, sino que, además, contribuimos a crearlo. Nuestra Isla no es el paraíso sostenible que muchos creen*

te los ecologistas los que han puesto el grito en el cielo; también la comunidad científica ha resaltado la inutilidad real de la propuesta a la hora de evitar el cambio climático. Nadie puede llamarse a engaño, todos los saben, todos los que no han querido afrontar las medidas necesarias para detener la crisis climática hacia la que se encamina el planeta.

Además, las pequeñas limitaciones aprobadas ni siquiera conseguirán una disminución global, ya que el incremento de las emisiones de los países pobres hará que, al final, los gases de efecto invernadero continúen aumentando su presencia en la atmósfera. Emisiones a las que se añadirán las de algunos países ricos con permiso para contaminar aún más: España, Australia, etc.

Conviene resaltar la lamentable postura de los EE UU, el país que genera la cuarta parte del total de las emisiones a escala planetaria, convirtiéndose en el gran freno a la hora de obtener un acuerdo presentable. De la misma forma, remarcar el bochornoso papel del gobierno español. La solución española consiste en aumentar nuestra contaminación en un 17%. No obstante, la cifra la reconvierte nuestra ministra contra el medio ambiente en una disminución del 24% sobre lo que emitiríamos en el año 2012: ¡hay que tener caradura!, ¡pierden hasta el sentido del ridículo! Siempre han creído que los españoles no nos enterábamos de nada, no tenemos más que recordar lo que se declara en una campaña electoral y lo que se cumple cuando se llega al gobierno; la novedad estriba en que lo piensen también allí donde van y nos lo

cuenten después aquí, cuando vuelven.

En cualquier caso, aunque los máximos responsables del asunto hayan jugado el papel que han jugado, lo cierto es que la historia no ha terminado. Por lo que a nosotros respecta, como parte del movimiento ecologista que trabaja en nuestro país, la lucha por obligar al gobierno de la nación a constreñir las emisiones de gases de efecto invernadero apenas ha comenzado. Nos encontramos frente a un proceso en el que desgraciadamente —y así lo confirman los científicos— no quedará más remedio que acabar dando la razón a los que defendemos mayores limitaciones. Pero saber que la razón acabará por imponerse en este terreno no resulta suficiente, porque el conflicto se antoja de tal magnitud que la urgencia apremia. Así que lo fundamental se cifra en la aceleración de los ritmos de reducción de la contaminación, la clave está en cuándo se verán obligados a darnos esa razón a la que nos referíamos. Y en este aspecto terminará revelándose determinante la presión social que les fuerce a ello, por lo que la concienciación generalizada de la gravedad de la situación parece condición imprescindible para el éxito de la alternativa a la sinrazón gubernamental.

Ahora bien, como ecologistas conejeros y atendiendo a la máxima de *pensar globalmente y actuar localmente*, nuestra acción debe comenzar en Lanzarote. Y por la mismas razones referidas, iniciarse con la necesaria toma de conciencia por parte de los lanzaroteños de que el problema no sólo nos afecta por su dimensión global, sino que, además, contribuimos a

crearlo. Nuestra Isla no es el paraíso sostenible que muchos creen: la emisión de gases de efecto invernadero que añadimos a la contaminación global no merece pasar desapercibida.

Cierto que la contaminación atmosférica en Lanzarote se la lleva el alisio, lo que no significa que no exista o que sea despreciable. El calentamiento global se nutre básicamente de la quema de combustibles fósiles para obtener la energía que utilizamos en el conjunto de nuestras actividades. El uso de los combustibles fósiles se concreta en tres sectores cuya aportación se muestra pareja: los combustibles fósiles consumidos en el transporte; los que se queman en las centrales térmicas transformándose en electricidad y los que requiere la industria para su producción.

Pues bien, en la Isla únicamente el tercer apartado, el que se refiere a la industria, puede ser minimizado. Los otros dos aparecen con tanta gravedad como en cualquier lugar del planeta. Por lo que se refiere al transporte, la situación lanzaroteña resulta especialmente grave por dos motivos: primero, el más evidente, por la existencia de un parque automovilístico de dimensiones sólo conocidas en muy pocos territorios del mundo desarrollado; y, segundo, por la necesidad de que el turismo llegue a la Isla por vía aérea. El transporte aéreo, amén de contribuir de forma notable a la destrucción de la capa de ozono, se convierte en un medio que despilfarra la energía fósil en increíbles cantidades. Para ilustrar el problema, sirva como ejemplo el hecho de que cada turista que pasa unos días en Lanzarote necesita unas ocho veces más energía

en el viaje en avión de la que consumirá aquí durante toda su estancia y en todas las actividades que realice.

Si atendemos a la producción de electricidad, es obligado remarcar que el 96% de la que consumimos la obtenemos quemando *fuel-oil*, porcentaje muy superior también al de cualquier otro lugar del mundo rico. En cualquier caso, destacar que el porcentaje obedece a la inexistencia de energía hidráulica en la Isla—que podemos lamentar, pero no instalar— o de energía nuclear —que, por supuesto, no queremos—, y no al hecho de que en otros sitios la aportación de las energías renovables suponga una parte mucho más importante (tampoco consideramos relevante nuestro 4%).

En cuanto a la cantidad de energía eléctrica que consumimos puede argumentarse, además de la escasa demanda industrial que mencionábamos, que si la factura resulta algo menor que en otras latitudes se debe a la ausencia de la calefacción —lo que no obedece a nuestra ecológica conciencia, sino a la bondad de la temperatura—. No obstante, en este sentido comienza a surgir una inquietud: el incremento en el uso del aire acondicionado, gran consumidor de energía. Y ello obedece fundamentalmente al seguimiento de modas y estándares consumistas, por una parte, y a la irracional manera de construir que se generaliza, por la otra. La bandera insular de esta destrucción antiecológica y despilfarradora la hallamos en la nueva sede del Cabildo, edificio en el que el aire acondicionado se utiliza permanentemente por no haber tenido en cuenta criterios bioclimáticos

*Si aspiramos a vivir en un sitio conocido por la conservación del entorno natural, no podemos continuar manteniendo el despilfarro energético lanzaroteño y contribuyendo al calentamiento global*

en el momento de su diseño.

Asimismo, tenemos que añadir a nuestro consumo energético tanto la conversión del petróleo en agua potable como la ausencia de políticas de eficiencia energética en la Isla (valga de ejemplo la insignificante cantidad de luminarias de bajo consumo que encontramos en los hoteles o en nuestros domicilios). En este campo, prácticamente está todo por hacer en Lanzarote.

Así que si aspiramos a vivir en un sitio conocido por la conservación del entorno natural, no podemos continuar manteniendo el despilfarro energético lanzaroteño y contribuyendo al calentamiento de la Tierra. Precisamente ahora, que se inicia la *Estrategia hacia el desarrollo sostenible de la Isla*, es el momento de tomar conciencia de la profundidad de la crisis y poner las bases para su superación. No conocemos, mientras se redacta este texto, las conclusiones que en este terreno defenderá la mencionada Estrategia, pero sí estamos seguros de la dificultad de continuar obviando el problema energético de la Isla y sus manifestaciones.

No obstante, conviene recordar, para terminar, que el conflicto del clima se nutre, también, de la aportación individual. Por centrarnos en el llamativo caso del transporte: la contribución al efecto invernadero aumenta cada vez que uno de nosotros gira la llave que arranca su automóvil, y es proporcional, además, al tamaño y al precio de éste. Formulado de otro modo: disminuimos nuestra contribución cuando nos trasladamos caminando, en bicicleta o en transporte público. Los ejemplos son

numerosos y conviene que todos nos preocupemos por encontrarlos, primero, y por contribuir a su solución, después. Estrategia: “no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy”.

*La contribución  
al efecto  
invernadero  
aumenta cada  
vez que uno de  
nosotros gira la  
llave que  
arranca su  
automóvil, y es  
proporcional al  
tamaño y precio  
de éste*